

PRESENTACIÓN DE UN CANCIONERO POPULAR INFANTIL

Recopilación, clasificación y estudio musicológico:
María Jesús Martín Escobar y Concha Martínez Carbajo
Murcia, 2009

Los afortunados y probablemente escasos lectores, pues se trata de leer cantando, de este *Cancionero infantil de la Región de Murcia* tienen en sus manos la colección más amplia de canciones tradicionales infantiles, entre cuantas se han publicado hasta hoy, unas como apartado específico de las recopilaciones de música de tradición oral popular, y otras como cancioneros infantiles dedicados exclusivamente a reunir en un volumen las canciones de los niños, tanto de habla castellana como de las otras lenguas del territorio ibérico. Ya había indicios por algunas obras semejantes de que el repertorio cancionístico infantil era amplio y abundante en todas o casi todas las tierras hispanas. Pero el empeño de María Jesús Martín Escobar y Concha Martínez Carbajo por ir a la caza, y esta expresión no es aquí en modo alguno exagerada, de los restos de las canciones que en la región murciana quedan en la memoria de las personas mayores, y también de las nuevas cantilenas, retahílas y soniquetes rítmicos que los niños han venido inventando en el nuevo marco social y cultural en que les han sumergido los acelerados cambios que han experimentado nuestras formas de vida en las últimas décadas, ha situado esta colección a la cabeza de todas las demás que hasta ahora se han editado.

Para comenzar con algo sustancioso la página previa que estas dos laboriosas buscadoras de canciones me han solicitado para su precioso libro, empiezo afirmando contundentemente y encarando de frente la opinión de ciertos antropomúsicos alérgicos a la música, que este dato de la abundancia, o mejor sobreabundancia de canciones, que hace de esta recopilación un tomo voluminoso, no es en modo alguno irrelevante ni superfluo. Porque tal sobreabundancia, que además es compatible con que la recogida no sea completamente exhaustiva, cuando se ha realizado en un ámbito geográfico definido, es también una nota distintiva que debe reflejar una recopilación bien realizada. La lectura pausada y analítica de este cancionero, al haber sido planificado con ese punto de mira y con una amplia colaboración en la búsqueda, atestigua que en las tierras murcianas las canciones han sido siempre una parte integrante de la vida de las niñas y niños, sea como fondo musical sonoro producido para ellos por los mayores en los años en que todavía son infantes = que no hablan, aunque ya balbucean ensayando sonidos semiarticulados o destruyendo palabras que van ocupando sus primeras neuronas, o bien cuando ya se entregan a su principal y cuasi profesional ocupación, como motor que ha ordenado o generado sus entretenimientos y juegos. María Jesús y Concha nos están diciendo aquí bien claramente y con hechos musicales que por tierras murcianas, y a pesar de una niñez a menudo vivida con rara y escasa plenitud por causa de las perentorias necesidades a las que los hijos, también los pequeños, debían atender requeridos por los padres, los niños cantaron mucho, muchísimo: dentro y fuera de casa, trabajando y descansando, en familia y en pandilla, en la escuela y en la plaza, en invierno y verano, por activa y pasiva, en presente y en pretérito, y también soñando con un futuro que no siempre llegaría con el rostro con que había sido imaginado. Inundan los cantos de la niñez las numerosas páginas de este libro y rebosan por los márgenes del largo listado de las secciones, invitando al lector sensible que ama la música a recordar lo que fue de pequeño y lo que de mayor añora, aunque no lo diga, cuando escucha a los hijos

cantar lo que él mismo cantó.

Pero hay otro aspecto nada desdeñable en una recopilación que, como ésta, recoge las canciones con todas las variantes encontradas, excepto las que han quedado excluidas por las razones que las autoras apuntan en la introducción. Porque esas variantes nos muestran las músicas viviendo en las memorias de los cantores en esa forma que, al contrario de lo que sucede con la música escrita, queda fijada para siempre y de una vez, combinando y conjugando la fidelidad en los rasgos definatorios de cada tema, lo que podríamos denominar forzando un poco el símil como el ADN de cada invento melódico, con la variabilidad en los detalles incidentales u ornamentales. Pero además, y esto es muy importante, las variantes que se han venido produciendo en el repertorio infantil nos sirven también de modelo para comprobar en qué forma los niños juegan con las músicas, con las palabras, con las canciones en suma, introduciendo cambios que en la mayoría de los casos, no sólo no se pueden calificar como deformaciones, sino muy al contrario, como inventiva que transforma creativamente. Así lo apuntan las autoras en la escueta pero suficiente información preliminar, y así se puede comprobar leyendo el contenido de este libro. Que por esta razón puede tener también la utilidad de servir de norma y recurso para los pedagogos que se proponen crear un repertorio nuevo, pues las variantes de las canciones infantiles son en algunos casos una lección para estudiar y una pauta para inventar, y casi siempre un recurso para captar la creatividad, a partir de modelos que se desintegran para dar lugar a otros nuevos, a menudo sorprendentes por su frescura y espontaneidad.

Esta consideración prelude a otro segundo aspecto no menos jugoso que el anterior, y que también brota de la sobreabundancia: la constatación, una vez más, pero aquí con una base documental abrumadora, por casi exhaustiva, de que las niñas y los niños cantaban y cantan lo mismo o casi lo mismo por todas partes y en todos los lugares del solar hispano. Una afirmación tan global exige, es lógico, algunas precisiones. La primera, que no todas las regiones de antaño, hoy comunidades autónomas, han sido objeto de una búsqueda específica del repertorio de las canciones infantiles. Tierras como Asturias, Aragón, Extremadura, La Mancha o Andalucía, que podemos poner como ejemplos de ámbitos geográficos en los que se han realizado recopilaciones más o menos amplias de la tradición musical de los adultos, carecen casi por completo de muestras del repertorio infantil. En segundo lugar, también es un hecho que sólo en una de las comunidades que mantienen vivas dos lenguas, el País Valenciano, se han realizado recopilaciones (los tres cancioneros monumentales de Castellón, Valencia y Alicante publicados por Salvador Seguí) en las que se ha recogido el repertorio infantil en las dos variedades de la lengua autóctona y la castellana. En cuanto a las otras, es muy probable que además del repertorio en la lengua que en ellas llaman materna, también se hayan cantado algunos temas infantiles en castellano, pero no lo podemos afirmar, pues Galicia y el País Vasco carecen incluso de un repertorio infantil en las respectivas lenguas recogido a tiempo, mientras que Josep Crivillé acuñó el de Cataluña, disperso en varias publicaciones (*Música tradicional catalana, I, Infants*), en el que se han excluido por sistema las canciones en castellano, de las que nada se sabe, o al menos él nada dice.

Hechas estas salvedades, vuelvo a lo que he afirmado: una lectura comparativa entre los principales repertorios de que disponemos (incluidos los del País Valenciano) y éste, recogido en una orilla de la península Ibérica, que es el más numeroso, demuestra que la mayor parte de las canciones de la niñez están difundidas por toda España. Si hacemos un recuento de temas y de inventos melódicos, y yo lo he hecho para poder afirmar esto con certeza, la conclusión es

clara: hay un abultado número de cantos, alrededor de cuatrocientos, recogidos en esta obra, que repiten lo que en las otras colecciones aparece en menor número si las tomamos aisladamente, porque son menos numerosas, pero que llega a esa cifra si las juntamos. En un primer repaso rápido que hice a partir de los índices fui anotando algunos temas de otros cancioneros que no hallaba en éste, y no llegaban a una veintena. Pero en una segunda lectura más pausada y cantada hoja por hoja, los encontré casi todos también aquí, o enmascarados bajo un texto diferente, o bajo una variante melódica, o como segunda parte de dos tonadas yuxtapuestas en un solo tema. La conclusión evidente es bien clara: las niñas y niños de las tierras españolas cantan en todos los lugares un repertorio parcial o casi totalmente idéntico.

Junto a este hecho hay otro muy evidente, que también anotan claramente las autoras de este trabajo: dejando aparte el repertorio de sonsonetes, canturreos rítmicos y recitativos protomelódicos, que ocupan una parte considerable del libro, la inmensa mayoría de lo que son propiamente canciones están configuradas sobre la base de la sonoridad tonal, predominantemente mayor, raramente menor, y muy excepcionalmente modal, pretonal. Y como estos datos no se dan en el repertorio de los mayores, donde las coincidencias temáticas son mucho menores, y más escasas a medida que la lejanía geográfica es mayor, surgen en seguida algunas preguntas, que por mi parte ya me hacía en la introducción al IV volumen del *Cancionero popular de Burgos*, ocupado íntegramente por las canciones infantiles. Son las siguientes: ¿En qué época se ha inventado el bloque común del repertorio infantil? ¿Es un repertorio de autor(es), o son canciones que los propios niños han inventado para sus juegos? ¿Son capaces los niños de inventar canciones para ellos mismos? ¿O más bien han sido los mayores, ciertas personas mayores, quienes, observando cómo los niños juegan también con las palabras y con las músicas, han hecho canciones para ellos, que parecen hechas por los propios niños? Y por último, ¿quiénes las pueden haber llevado de un lado para otro, hasta propagarse casi por completo por el solar hispano?

Aunque todas éstas son por el momento preguntas sin respuesta segura, se pueden apuntar algunas hipótesis muy probables, que también dejé anotadas en la obra que acabo de citar. Conjugando todos los datos que se extraen del análisis del cancionero infantil, habría que inclinarse por una hechura más bien reciente, como parece que hay que deducir en razón de la sonoridad tardía, y de la difusión a partir de algún o algunos puntos geográficos de configuración urbana. Al igual que también parece obvio suponer que en esta difusión habrán tomado parte personas que se hayan movido mucho de un lugar a otro, supuesto sin el que es muy difícil conjugar a la vez la uniformidad y la difusión amplia. ¿Habrán tenido algo que ver las escuelas (las públicas y las privadas que las precedieron), las maestras y maestros, y quienes los prepararon para su profesión de enseñantes, con esta difusión uniforme y bastante rápida (para lo lenta que era la transmisión oral)? La relativa frecuencia con que en los textos aparecen referencias urbanas a ciertas ciudades como Madrid, Santander, Sevilla, Toledo, Zaragoza, Córdoba, Sevilla, Cádiz y algunas otras, ¿permitirá suponer que al menos una parte del repertorio infantil es de origen urbano? Para mí es evidente una respuesta afirmativa a estas preguntas, como parece demostrar una lectura analítica de las melodías y de los textos. Respuesta que, evidentemente, no excluye la inventiva infantil de ciertas canciones, realizada dentro de la práctica viva del canto, como ha venido ocurriendo siempre en el repertorio adulto. El análisis detenido del lenguaje, de la

versificación y de las rimas por una parte, y del comportamiento melódico por otro, puede proporcionar conclusiones muy probables, que serían muy valiosas a la hora de pensar en una renovación del repertorio infantil.

A este respecto es obligado citar aquí la tesis doctoral que María Jesús Martín Escobar redactó a partir del repertorio recogido en este libro con el título *Las canciones infantiles de transmisión oral en Murcia durante el siglo XX* (Universidad de Murcia, servicio de Publicaciones, Tesis Doctorales, 2002). En los capítulos VII y VIII de este trabajo modélico de verdadera etnomusicología, la autora desarrolla y aplica un análisis riguroso y exhaustivo de los elementos musicales (ritmo, melodía y forma) y de los textos (formas, temas, contenidos y relación texto-música), completado en el capítulo IX por un minucioso estudio de las formas de variación (en los textos y en las melodías) de invención (versiones melódicas) y de la procedencia de unas y otras (préstamos melódicos, apropiaciones melódicas y textuales e imitación).

Un hecho es cierto, por encima de todas estas consideraciones: las canciones tradicionales que los niños vienen cantando han sido durante largo tiempo la única forma de iniciación a la música, el único instrumento y material para la 'enseñanza musical', si se puede calificar con esta palabra tal actividad. Bien entendido: no hablamos al afirmar esto de una enseñanza profesional, sino de una iniciación natural a la práctica de los cantos y bailes, y en su caso de los toques que durante siglos han conformado el repertorio popular tradicional. Que este repertorio de canciones de los niños ha sido eficaz, al menos en el ámbito rural, parece también cierto. Si los cancioneros tradicionales, recogidos sobre todo en ese ámbito, demuestran que la práctica del canto era constante durante todo el año y en todas las épocas de la vida, y que cantar era una actividad colectiva, aunque hubiese personas más aficionadas a cantar que otras, es evidente que esa iniciación, ese aprendizaje del canto, esa costumbre de cantar para todo, se aprendía desde los primeros años de la vida.

En cuanto al ámbito urbano, también es seguro que los niños han cantado mucho, aunque es dudoso que hayan cantado todos los niños, por circunstancias que son fáciles de imaginar, y que quedan muy claras en el análisis sociológico de la sociedad murciana realizado con detenimiento en la tesis de María Jesús Martín y resumido con claridad y brevedad en el prólogo de este libro. Aquí me estoy refiriendo de forma general a la eficacia del repertorio infantil de canciones en orden a suscitar en los niños la afición a cantar, y también en orden a conseguir que los que tenían un oído bueno o normal aprendiesen a cantar y, con un golpe de suerte, pudiesen acceder a las clases particulares de algún músico local o, ¿con mayor fortuna?, al sistema de enseñanza de algún Conservatorio provinciano.

Que el repertorio infantil contiene, tomado globalmente, un material musical pedagógico eficaz, digámoslo así para entendernos, es más que claro si se lo analiza en sus elementos musicales. Cualquier planteamiento pedagógico para el aprendizaje de la entonación, desde la interválica más sencilla hasta otra más complicada, y del ritmo, desde las fórmulas más simples hasta otras más difíciles, está resuelto ya hace mucho tiempo en el repertorio tradicional infantil. Además, está resuelto con melodías inspiradas, graciosas, ingeniosas, fáciles de aprender, y con una abundancia de ejemplos que permite el recambio constante. La conclusión que de estos hechos se deduce es más que clara: cualquier pedagogo musical que se precie de tal, y sobre todo cualquier "inventor" de nuevos materiales que prepare, edite y oferte material pedagógico a los enseñantes, debería haber dedicado antes largas horas a leer y analizar el cancionero tradicional infantil, cuya eficacia iniciadora a la música viene de muy atrás.

Es ésta, creo yo, la intención que subyace bajo la invitación que María Jesús Martín Escobar y Concha Martínez Carbajo hacen en el prólogo a este libro a que, como paso previo y simultáneo a la educación musical y la enseñanza de la música, los niños deberían seguir cantando un repertorio amplio y variado, del que es un buen ejemplo el tradicional que ellas ofrecen aquí, si se quiere que las horas dedicadas a la música en el cuadro de las enseñanzas cumplan con la finalidad primordial de contribuir a la formación musical tomada en un sentido más amplio. Pero ellas mismas también apuntan a la necesidad de una renovación y una actualización, como puede constatarse en el propio repertorio que han recogido, en el que abundan ejemplos de la forma en que los propios niños la han venido haciendo desde las últimas décadas del siglo pasado incorporando a los juegos músicas que, éstas sí, tienen todas las trazas de haber sido acuñadas por ellos mismos a partir de todo lo que hoy entra por sus ojos y llega a sus oídos.

Es indudable que una parte del repertorio, tiene que desaparecer, y por varias razones. O porque muchas imágenes y expresiones quedan ya muy lejos del mundo de los niños de hoy (aunque nos podríamos hacer la pregunta de si no sería este vocabulario e imaginería presente en los textos del cancionero infantil una buena ocasión de que los niños del ámbito urbano [la inmensa mayoría], a partir de la necesaria explicación de las palabras cuyo significado ignoran, tuviesen referencias un poco más exactas sobre cigüeñas, lobos, vacas, gallinas, estrellas, luceros y lunas, patios, corrales y apriscos, cabañas, chozas y tenadas, arados y trillos, manceras, azadas y rejas, y tantas otras cosas que para ellos sólo son palabras sin significado). O porque un bloque de canciones reflejan un ideario y unas conductas caducadas (aunque de nuevo nos podríamos preguntar si no serían estos textos un buen punto de partida para abrir una reflexión jugosa sobre los cambios de conducta y criterios y las razones y causas de los mismos). O simplemente, y ésta no es una razón fútil, porque el repertorio infantil está integrado en su inmensa mayoría por canciones de las niñas y para las niñas, dado que los niños dejaban de jugar con ellas desde los 7-8 años aproximadamente, y también dejaban de cantar en los juegos, pues los de aquéllos derivaban en seguida hacia la habilidad, la fuerza o la iniciación al deporte, que no incluían normalmente canciones (hecho que, sin duda alguna, sería una de las razones más claras para la necesidad de renovar el repertorio).

Pero además, hay también en el repertorio viejo canciones sin referencias de tiempo, lugar y espacio, que pueden seguir valiendo. Y sobre todo, hay en la mayor parte de ese repertorio unas lecciones de buen hacer en lo musical que tienen valor permanente, por lo que sería muy conveniente aprender esas lecciones, antes de ponerse a inventar y ofrecer nuevos materiales pedagógicos de iniciación a la música, para que el resultado no sean esas músicas insulsas, aburridas, pobres, y a menudo incorrectas desde el punto de vista de la sintaxis musical, que lamentablemente aparecen en no pocos de los nuevos libros y cuadernos de pedagogía musical. O en esos otros inventos neoinfantiles que ciertos cantautores exitosos neoinventan, creyendo que van a descubrir la pólvora musical, y que todos los niños del país se van a poner a cantar en dos días lo que a ellos se les ha ocurrido, por el hecho de que ellos hayan triunfado entre la gente adulta.

Me queda sólo reseñar que esta obra, que es a la vez una muestra de la tradición cantora de los niños en la región murciana y que en la intención de las que la han elaborado está destinada al uso práctico en el ámbito escolar, tiene un

complemento necesario en el aspecto teórico, que es el trabajo de tesis de María Jesús Martín Escobar al que ya me he referido aquí por dos veces. Lo he calificado como trabajo modélico de etnomusicología porque estudia en forma exhaustiva y con una metodología científica todos los aspectos del contexto musical del repertorio que ofrece esta antología de canciones infantiles. Pero además cumple con la condición ineludible de estudiar también científicamente los aspectos musicales de las músicas que se han recogido de una tradición todavía no extinguida. Tarea ésta última ineludible en un trabajo de etnomusicología, y sólo realizable por verdaderos músicos con buen oficio.

Sólo me queda desear amplia difusión y larga trayectoria a este ejemplar trabajo, en el que me siento acompañado por personas con las que comparto oficio y dedicación, y por el que sobre todo felicito a sus autoras.